

MARIA ZAMBRANO: EL TIEMPO Y SU ARTICULACION CON OTROS CONCEPTOS

María José Clavo Sebastián

Introducción

Quisiera, en primer lugar, decir que la obra de María Zambrano tiene casi tantas lecturas como lectores se acercan a ella, posiblemente en este hecho exista una oculta intención de la autora de producir sucesivos y múltiples renacimientos. La riqueza de sus escritos se encuentra en el poder que poseen de fundirse con el sentir de quienes los leen, abriéndose, a partir de esta fusión, nuevos ámbitos desde los que pensar- sentir- ver la realidad que nos rodea. Lo que a continuación voy a escribir es el modo como yo leo en sus ideas.

Situando la filosofía de M. Zambrano en el ámbito de la teoría habermasiana de los intereses del conocimiento, descubrimos un pensamiento movido por el afán de comprender el sentido de la vida humana, así como por la necesidad de desenmascarar los elementos ocultos que penetran los diversos modos "inhumanos" en que el hombre construye su existencia.

Este movimiento, como es lógico, está alimentado y orientado por una idea acerca de lo que sea el ser de la persona vivido en autenticidad, con referencia a lo cual lleva a cabo tal crítica.

Más allá (o más acá) de todo esto surge la cuestión de las condiciones que hacen posible el hecho real de la existencia de los diversos modos de vivir la vida humana. Ello nos conduce al análisis de la misma estructura ontológica del hombre de donde manan los diferentes modos ónticos de vivir, en cuanto es una estructura existencial escindida y en cuanto que su modo de inserción en la realidad consiste en la comprensión hermeneútica del sentido.

Nuestra apertura a la realidad está mediada por una interpretación que sobrepasa los hechos mismos. El fenómeno fundamental de la experiencia es el hallarnos de antemano en medio de las cosas, nuestra existencia está referida al mundo; sin embargo, lo que separa al hombre del resto de las criaturas es el modo de tal referencia, mientras en otras especies de seres vivos se esta-

blece una unidad funcional entre ambiente, percepción y conducta, en el ser humano tal engranaje no existe a causa, tal vez, de su inmadurez biológica. Esta inadaptación produce un distanciamiento del entorno que se convierte en ley general de la conducta humana: un estar originariamente distanciado de la realidad. Se abre, pues, un vacío para el hombre que le hace sentirse distinto, que le hace *sentir* su existencia. En este vacío nace la angustia como la situación radical del hombre en el mundo, de que hablan Kierkegaard y Heidegger, o el "naufragio" también radical en que está toda vida humana, según Ortega. Perdido en esta situación el ser humano se ve forzado a interpretar lo que le rodea para saber a qué atenerse y orientarse en la realidad. Cada una de las interpretaciones habidas a lo largo de la historia manifiesta la manera en que el hombre ha resuelto lo que la realidad le ha ido presentando como problema.

María Zambrano lleva a cabo una exposición extraordinaria acerca de los diferentes modos de entender el mundo, estas interpretaciones encierran, también, una interpretación del sujeto-hombre como elemento del mundo del que forma parte, en coherencia con la del resto del universo. Ello supone no sólo la concepción teórica de diferentes tipos de hombre sino, sobre todo, la encarnación vital de los mismos. El sujeto se modifica, no en sus estructuras ontológicas, sí en los elementos dominantes y directivos de su vida ópticamente considerada, comunes a los de las vidas del resto de los hombres que comparten y con-viven la misma idea de la realidad.

Existen diversas formas de dación del mundo al sujeto y, recíprocamente, del sujeto al mundo; la imagen que tenemos de nosotros mismos, lo que creemos ser y deber se encuentra en coherencia con nuestra interpretación global, de ahí que esta relación mutua constituya una auténtica inserción del hombre en el universo; lo que el mundo es para el hombre es el hombre para el mundo y ello determina su modo de entrar en relación con él, así como la selección de aquello que considera o no real.

Supuesto el hecho de la interpretación hermenéutica del sentido como modo de inserción del ser humano en el universo, así como la importancia determinante en la configuración de la vida humana, pasemos, ahora, a aproximarnos a algunos aspectos de la concepción zambranianiana de la realidad a través de algunos de sus conceptos: tiempo como "a priori" de la vida humana, la realidad, la conciencia y la palabra.

María Zambrano no considera el ser, la realidad, o como quiera denominemos el centro de interés de la metafísica, como objeto, su pensar no es un pensar de objetos, porque no puede desentenderse del lugar desde el cual se piensa, y este lugar, que naturalmente es el hombre mismo en cuanto sujeto del pensamiento, entra también a formar parte de su pensar sobre el ser.

Para la autora yo y mundo se encuentran en una relación más estrecha de la que podemos observar en la filosofía de Ortega, su maestro. Como es sabido para Ortega la realidad radical, que es la vida, está constituida por la dualidad yo-mundo o circunstancia, de modo que ambos elementos se necesitan

para ser: sin mundo no hay yo, pero sin yo no hay mundo, ambos son interdependientes y nada se puede entender si no se acepta este ámbito como punto de partida de toda realidad. Una de las características de la relación yo-mundo es su irreductibilidad, mundo es todo lo que no soy yo, yo soy aquello a lo que el mundo afecta, por lo tanto, yo soy lo que no es mundo.

María Zambrano se mueve en estos presupuestos orteguianos, sin embargo cuando leemos sus reflexiones en torno al mundo se tiene la impresión de que ella entiende la relación con él de un modo que no encontramos en Ortega, en realidad para nuestra autora hay una encarnación del hombre en el mundo, hay una transfiguración del mundo porque se encuentra penetrado por el hombre. Su concepto de la realidad es el de la realidad humanizada, vivida y sentida por el ser humano. Qué sea ésta sin hombres que la sientan, lo desconocemos. En realidad todo su filosofía es una antropología que trata de dar respuesta a la pregunta por el hombre. Por otro lado, sus ideas contienen una importante crítica al punto de vista racionalista. Considera a éste estrecho y empobrecedor al defender que la realidad y la razón poseen una misma estructura. Ello excluye de su consideración todo lo que no encaja con este presupuesto. Y justamente lo que no encaja, es considerado por María Zambrano lo más profundo y decisivo del hombre.

El tiempo

El ser se revela en el espacio y se hace con el tiempo.

El pensamiento griego y, en general, el racionalismo en sentido amplio han sido pensamientos del espacio. La razón de ello hay que buscarla en que la naturaleza del espacio concuerda muy bien con el modo de ser de los conceptos: es estático, permanente e inmutable en cuanto continente.

El espacio es el lugar de la luz, o mejor, el espacio se abre gracias a la luz que ilumina, sitio de la visibilidad, lugar del ser, por tanto.

El pensamiento aparece en el momento en que el ser humano es capaz de preguntar, lo que implica tener presente no sólo lo que se es sino también lo que no se es. El hombre puede preguntar cuando llega a tener conciencia de su no-ser. La existencia del pensamiento está siempre ligada a la cuestión del ser y del no-ser, esa cuestión del ser y su negación es lo que permite al hombre moverse en su espacio propio, espacio, por otro lado, del pensamiento que siempre está ahí, es decir, que tiene también una dimensión temporal: la de la permanencia.

La apertura del espacio del pensamiento conlleva una dilatación del tiempo: el siempre frente al instante cualitativo de la aparición de lo aparente.

No obstante, el tiempo del pensamiento del espacio, mas que tiempo es permanencia.

El tiempo real ha sido, durante siglos, impenetrable a la filosofía:

Parménides lo destierra del reino del ser, Platón de su mundo ideal, es convertido en medida numérica del movimiento por la física del renacimiento, Kant lo considera como un elemento subjetivo que forma parte del engranaje del conocimiento, Hegel lo identifica con su Razón evolutiva y lo hace penetrable porque le dota de la misma estructura lógica que ella.

Pero nunca el racionalismo ha podido dar forma al tiempo de la vida; el tiempo es la entraña de la realidad; conocer la realidad es sentir su tiempo mas que conocerlo porque del tiempo, como dice Bergson, sólo podemos tener experiencia inmediata, si tratamos de objetivarlo, lo detenemos, es decir, lo destruimos. Por eso la palabra adecuada no puede ser conceptual.

El ser humano, como realidad que es, también se hace en el tiempo. El alma humana ha sido más un descubrimiento de los filósofos del tiempo que de los sustancialistas, porque somos tiempo, realidad distendida, no dada de una vez por todas y para siempre porque sólo podemos ser siendo.

En su dimensión antropológica María Zambrano entiende el tiempo en la línea del existencialismo heideggeriano: el tiempo forma parte de la estructura esencial de la subjetividad. A partir de aquí podemos entender que nuestra autora afirme que el tiempo fluye de la conciencia, porque la conciencia, en tanto subjetividad, es tiempo, lo que define formalmente todas sus actividades.

El tiempo, que para Kant es un elemento trascendental, condición de posibilidad de nuestra experiencia, en María Zambrano es el apriori del argumento en que consiste la vida humana; funciona como el principio de organización cuya materia es el contenido concreto de cada biografía, por tanto constituye, no el argumento o el sentido, sino el modo de vivirla.

En el tiempo la vida se sustantiva, del mismo modo que la materia cognoscitiva adquiere figura en los apriori espacio-tiempo. Esta es la razón por la que la fluencia del tiempo coincide de modo trascendental con la condición precedera de la vida; ambas constituyen el horizonte del nacer (desde un pasado), del crecer (del ir haciéndose) y del morir (hacia el futuro).

La estructura temporal de nuestra existencia nos permite trascendernos y ello da razón de otra de las funciones zambranianas del tiempo: el ser camino, es decir, el ser el medio que se le ofrece al hombre para poder ir alcanzando el ser que desea ser desde el ser que es.

El hombre entendido esencialmente como tensión hacia el futuro implica, como todos sabemos, una transformación de la noción parmenídea del ser que María Zambrano expresa de este modo: "El camino del tiempo pasa arrasando el ser: el ser en cuanto tal y el ser de aquel que por él transita, el hombre, a lo que sabemos"¹

1. M.Zambrano:*El sueño creador* Madrid. Turner. 1986.pg.50

El que sentimos o vivimos el tiempo es consecuencia empírica de la constitución temporal del yo. La vivencia del tiempo está entrelazada con la vivencia de nuestro propio ser y en ello confluyen multitud de elementos irracionales. Nuestra autora escribe mucho y ampliamente acerca de los "múltiples tiempos", tiempos cualitativos en los que el hombre vive como uno de los factores decisivos en el establecimiento de la dinámica de cada uno en su existir.

En la obra de Isabel Balza titulada "Tiempo y escritura en María Zambrano" encontramos una minuciosa descripción de todas las formas de la temporalidad que contempla la filosofía de nuestra autora, y el significado que adquieren en el contexto de su pensamiento .

El tiempo homogéneo del racionalismo es el resultado de la subjetivización o interiorización del tiempo exterior cuantificable, descubierto por la ciencia físico-matemática del renacimiento y que durante el siglo XVIII, como consecuencia del movimiento cultural de la ilustración, se interiorizó y se consideró como el tiempo universalmente considerado. Nos dice María Zambrano que si el hombre occidental hubiera vivido otro tiempo diferente del objetivable y medible nuestra cultura sería diferente. Está pendiente la tarea de descubrir la multitud de tiempos cualitativos que se encuentran ocultos tras el tiempo homogéneo del racionalismo y elaborar un saber acerca de ellos.

El hombre, para M. Zambrano, no es simplemente conciencia, sino persona, concepto que incluye una gran cantidad de aspectos que trascienden el ámbito de la conciencia, por eso su investigación acerca del tiempo tiene en cuenta todos estos aspectos ignorados por la concepción racionalista. Hay tantos tiempos cualitativos como aspectos y, aun dentro de cada uno de ellos podemos encontrar variaciones o perversiones, porque el ser humano posee la capacidad de sufrir en pasividad tiempos con los que se encuentra y que le invaden en contra de su voluntad.

La forma más elemental de tiempo es el del sueño en el que no se sueña, es un tiempo físico, material, similar al tiempo de las plantas, es el latir de nuestro organismo, en él se encuentran las percepciones que no han pasado por la conciencia, es la duración, el "suelo" de todo tiempo.

Le sigue el tiempo de los sueños soñados, que es un tiempo lleno porque no hay espacio entre ellos y el sujeto, asistimos a ellos sin poder intervenir, lo que estaba dormido en nuestro tiempo material se revela en el sueño, pero sin sucesión ni orden temporal . Lo más nuestro, lo más íntimo se nos muestra pero no tenemos la capacidad de transformarlo. Es un tiempo a-temporal porque carece de sucesividad y orden.

El tiempo de la vigilia. Cuando despertamos reanudamos nuestra historia, retomamos nuestro tiempo, somos los mismos de ayer que ahora continuamos nuestra vida en los instantes sucesivos, ahora sí, de la conciencia, es un tiempo ordenado pero discontinuo porque lo organizamos en la multiplicidad de sus instantes, ya sabemos que la multiplicidad es el esquema del tiempo en Kant, al cual se acerca mucho nuestra autora. Es la multiplicidad lo que con-

fiere discontinuidad y es la discontinuidad lo que permite la intervención del sujeto en el tiempo. Es también un tiempo organizado, hemos dicho, en cierto modo sincronizado en el sentido en que cada instante está referido al anterior y al posterior y sólo en esa relatividad mutua se ofrece el sentido y la inteligibilidad. Cada una de las dimensiones del tiempo sucesivo tiene su estructura y función. La memoria articula los instantes en las tres dimensiones. La presencia o el presente confiere forma a la materia, permite el acceso a lo real, es el límite que separa y une pasado y futuro, es la experiencia del necesario pasar, siempre abierto a otros instantes sucesivos; hay, además diferentes modos de la presencia, como presente fugaz, vivencia cotidiana encadenada al hábito repetitivo de los instantes, este es un modo de presencia pasiva que nos revela la finitud, pero hay, también otro modo de presencia activa en la que el presente se transforma en creador o constructor, su pasar es ahora apertura que hace posible la realización, para que el presente sea constructor es preciso que el sujeto intervenga, quiera, proyecte y decida. Y el futuro es la apertura del tiempo, lo que hace posible la finalidad y el sentido.

A su vez el tiempo de la vigilia tiene sus perversiones cuando cada una de sus dimensiones se estanca o absolutiza, se desgaja del resto y funciona como una totalidad. Ello da lugar al tiempo de la "melancolía", pura duración sin contenido; al de la obsesión, tiempo lleno pero inmóvil o recurrente. Son tiempos aniquiladores, devoradores. También cuando la memoria se escinde del presente y queda recuida en ella misma sin ser asumida por los instantes que le conducen a la presencia; cuando el futuro deja de ser porvenir, posibilidad concreta de realización del proyecto y queda prisionero de sí mismo como absoluto inmóvil.

Por último existen unos momentos privilegiados, los momentos de lucidez de la conciencia, en los que acontece una revelación, se nos una realidad. Estos instantes pueden ser creativos cuando lo que se revela a la conciencia es algún aspecto del ser propio antes oculto, y esta revelación produce una transformación en quien la recibe.

La realidad

Pues bien, en el ámbito espacio-temporal como "a priori" del ser se ofrece la realidad. María Zambrano entiende la realidad en primera instancia como el fondo profundo de donde todo procede: el "ser realísimo" que se impone de modo impreciso y oscuro al ser humano antes de que pudiera pensarlo aunque siempre en disposición de ser descifrado. Todo cuanto es tiene el carácter de realidad en la medida en que ha surgido de ese fondo que es nada y es todo: es nada por no-determinado, todo porque nada queda fuera de él.

Así pues la realidad presenta dos ámbitos: el de la realidad indiferenciada, el "apeiron", donde todo germina, y el de la totalidad de lo que hay entendida como diferenciación: mundo de las criaturas y de lo múltiple.

Esta concepción de la realidad como conjunción de lo inteligible y lo ininteligible, con su dialéctica de germinar- salir- ver-es el patrón que tiene presente nuestra autora al describir, interpretando, ante todo, al ser humano, y también cualquier otra manifestación de la realidad : los contrarios necesiándose y conviviendo : no ser - ser, ocultación - claridad etc..

El hombre toma conciencia de sí en simultaneidad con lo que no es él, se encuentra a sí mismo entre las cosas y ante las cosas; entre las cosas porque con ellas construye el quehacer en que consiste su vida, ante las cosas porque ellas constituyen también el horizonte en el que esboza sus proyectos y posibilidades. Con su ser inacabado necesita de la realidad para "realizarse", para ir construyéndose en la dirección del "todavía no" del ser. Este es el sentido de su entrada en la realidad.

En cierto modo de la realidad podemos decir lo mismo que del tiempo, que ambos son camino y, en tanto tales, funcionan para el hombre entendiéndolo mas al modo existencial que al sustancial.

Frente a la concepción racionalista reduccionista, María Zambrano defiende, como Ortega, que la realidad está compuesta por lo que es y por lo que hay pero que aún no es o simplemente no es. El hombre entra en contacto de muchas maneras con la realidad que no posee la categoría de ser:" A pesar del descubrimiento del ser y del pensar, la vida humana estaba durante todos estos siglos enclavada en la realidad de diversas maneras....el pensar capta el ser y deja fuera lo que es a medias, lo que es y no es: lo que no puede entrar bajo el principio de contradicción.....el pensamiento unifica todo lo que conoce.....esto quiere decir que aquello que hay y no es, en cuanto que de algún modo afecta a nuestra vida, no tendrá ante nuestros ojos una continuidad....este reino: el de la realidad sin ser es el de la cualidad simple"²

Cualidad es el nombre que María Zambrano da a aquello que por no ser no tiene nombre, por ello le parece inadecuadamente racionalista darle esta denominación, pero sin embargo considera que nos puede sugerir aquel aspecto de lo que nos rodea con el que contactamos de una forma no racional. La cualidad es una pura presencia que se nos hace visible sin fundamento "parece estar rodeada de un abismo".

El racionalismo, convencido de que la realidad tiene una estructura racional, adopta una perspectiva limitada y selectiva ya que es ajeno a cualquier manifestación que no encaje en esta convicción. De este modo empobrece el mundo y el trato del hombre con él . Las consecuencias son de gran trascendencia porque no sólo determinan la cantidad y calidad de realidad con la que puede entrar en relación sino la raíz metafísica de la vida humana: su modo de inserción en el universo.

2. María Zambrano: *El hombre y lo divino*. México, FCE, 1986, pg 196.

Y el ser humano, en tanto ser real, encuentra en él mismo que la absoluta racionalidad de lo real, la identificación sujeto-objeto, es irrealizable viviendo, y es que hay un fondo insobornable a la razón, un fondo último del vivir que María Zambrano llama "entrañas" donde se encuentran todas las formas del sentir. En él se siente instante a instante el pasar de la vida; es un "padecer" que constituye lo más íntimo: se padece porque se está vivo o se está vivo porque se padece. Se siente sin interrupción por el simple hecho de estar vivo.

Este sentimiento profundo no puede ser reducido a razón, y lo que se siente es lo que no es, lo otro, lo heterogéneo, lo cualitativo, lo que no se puede nombrar porque "Sólo se puede decir lo que de algún modo es"³ En los tiempos en que se pretende un saber absoluto, todo esto, lo que no es nombrado, queda disuelto.

Frente a este carácter selectivo nuestra autora afirma que la "realidad es el lugar de encuentro, donde todos los seres se encuentran, porque se descubren al entrar en él, lugar que pone, inexorablemente, los seres al descubierto"⁴

La conciencia

No hay realidad sin conciencia porque todo presentarse requiere un quién, un sujeto ante el que tenga sentido la presentación.

El sujeto, a su vez, es receptor de algo en lo que su misma subjetividad está trascendida. Frente a la actitud gnoseológica conformadora de la realidad a la medida de la razón, el momento cognoscitivo auténtico, para María Zambrano, es receptivo: lo importante es el ser.

La conciencia es, ante todo, receptora en pasividad del ser que se presenta. Ello es posible supuesta una determinada condición: la acogida amplia y total, entendida como la actitud de aceptación de todo lo que hay, también de lo que está al otro lado de la razón.

La realidad, por otro lado, es lo que se muestra, también lo oculto en tanto eso oculto es manifiesto como tal, y este aparecer no es algo que le ocurra a la realidad como un acontecimiento extraño a su constitución, sino que la realidad está dada, como tal, en la presencia. La ocultación de la realidad en María Zambrano, en la que continuamente se da esta dialéctica de aparición-ocultamiento, sólo se entiende desde la presencia. Lo oculto es pre-sentido o actuante en la sombra, siempre se hace presente en su ocultamiento.

La presencia auténtica de lo que está presente se da en la irrepensible realidad y originalidad de cada ser, por eso la abstracción falsea el conocimiento al generalizar y hacer reproducible indefinidamente lo que se piensa que la

3. María Zambrano: *El hombre...* pg.195.

4. M.Zambrano: *El sueño creador* en *Obras Reunidas*, Aguilar, Madrid, 1971, pg. 28.

cosa es en su esencia: lo universalizable.

Esta selección y posterior elaboración de lo que se cree ser la esencia en las cosas, por ser racional, es positiva para su dominio y control, pero se impide con ello la revelación de lo que se presenta en su ser.

María Zambrano busca y defiende un tipo de conocimiento que considere auténtico: el saber directo, sin intermediarios, sin imagen ni razón que se interponga, que se realice en la presencia entendida como relación originaria.

La conciencia es uno de los términos de esta relación, el otro, la realidad. Lo que sustenta la relación es la apertura mutua. Conciencia y realidad, pues, son entendidos desde este ámbito fundamental: ambos se constituyen en tales en su encuentro.

La verdad no es entendida por María Zambrano como propiedad del pensamiento en tanto capaz de adecuarse a la realidad, sino que es una característica de la relación de presencia: el descubrimiento, el desvelamiento al modo de la primera filosofía griega.

Y también en este tema disiente nuestra autora profundamente de la concepción de la conciencia del racionalismo.

Ya en su raíz, el movimiento cartesiano de necesidad de certeza esconde un profundo deseo de control. Lo que consideramos cierto es, ante todo, aquello con lo que podemos contar, aquello de lo que podemos disponer. Conocer con certeza es, pues, posibilidad de disponer de. El sentido del ser se encuentra, entonces, en referencia a un sujeto que no es simplemente cognoscente. Ello es germen, como se sabe, de lo que dos siglos más tarde fructificará en la concepción del ser como voluntad de poder, así como en lo que el propio positivismo hereda de este espíritu cartesiano que ha conducido, como sabemos, a la construcción del mundo en el que vivimos.

En cualquier caso, el cartesianismo significó la intromisión del sujeto en el ser y la transformación de éste en elemento de satisfacción de sus necesidades de seguridad, certeza y control. Sabemos cómo Descartes encuentra la certeza en la duda misma, es decir, en el pensamiento, y cómo el pensamiento se transforma en él en aquello con lo cual puede contar y apoyarse para construir el universo entero. Universo, pues, construido por el sujeto desde el pensamiento.

“La metafísica europea, hija de la desconfianza- nos dice María Zambrano- en lugar de mirar hacia las cosas en torno, de preguntar por el ser de las cosas se vuelve sobre sí en un movimiento distanciador que es la duda. Y la duda es, ya en Descartes, la vuelta del hombre sobre sí mismo convirtiéndose en sujeto. Y es alejamiento de las cosas, del ser que antes se suponía indudable”⁵

5. M.Zambrano: *Poesía y Metafísica en Obras Reunidas*, 1ª entrega, Aguilar, Madrid, 1971, pg. 186

Hay, sin embargo, una conciencia que se “encadena” a la presencia renunciando a sentirse segura. Esta última elige el camino del conocimiento, es decir, el encuentro con el ser que la trasciende, respetando su presencia.

Incluso en lo que se refiere al propio ser de la persona la conciencia zambrana es también receptiva. Frente al impulso existencial de construir nuestro propio ser de la nada, su actitud es la de permitir que el propio ser se presente, ser propio que también la trasciende.

Para nuestra autora el auténtico saber no se desposee de lo que ya tiene, no pretende comenzar a escribir partiendo de la nada, sino que intenta leer lo que en sí encuentra impreso y descifrar lo que se nos da en nuestro “sentir originario”. Lo más importante de nosotros mismos está oculto en nuestro interior, no constituye adquisición de un esfuerzo discursivo, basta dejarlo emerger a una conciencia clara y receptiva que lo acoja.

La palabra

Nombrar el ser es traerlo a la presencia. La palabra presenta las cosas, lo que quiere decir que las hace ser. “Ninguna cosa es donde falta el nombre”, dice Heidegger.

La original apertura cósmica tiene, pues, la forma de un discurso, pero ¿qué discurso? Hay formas inauténticas de discurso que se convierten en obstáculos para la verdadera apertura. Es importante descubrir el discurso privilegiado que permite la presencia del ser en su verdad. Este discurso buscado es para María Zambrano, como para Heidegger, la poesía, pero una poesía que, al mismo tiempo, sea razón.

Filosofía y poesía nacen juntas de una unidad primigenia en la que el hombre se encuentra sumergido, la primitiva unidad de lo sagrado, en ella emerge la palabra liberadora. Es la necesidad de la palabra que secuenciar en una sucesividad, que organiza en el tiempo, que libera y hace inteligible lo real, lo que da origen a la filosofía y a la poesía.

Ambas, sin embargo, pronto emprenden caminos distintos, se separan en el momento en que la filosofía se pregunta por lo universal, por la unidad de lo múltiple y apariencial, y la poesía, en cambio, permanece como expresión de lo individual, de lo presente del instante, de lo irracional, de la “sombra” de la caverna de Platón.

Chantal Maillard en su libro “La creación por la metáfora” lleva a cabo una investigación sobre las relaciones filosofía-poesía en M. Zambrano. Algunas de sus ideas transcribo a continuación.

La escisión entre filosofía y poesía acontece en el pensamiento de Parménides, en él el logos-palabra (presencia del ser) precisa de la identidad, lo mismo el logos de Heráclito “según medida”, la razón se proyecta en el ser y encuentra su respuesta “el ser es uno”, y la filosofía emprende este camino,

el que le ofrece la unidad e identidad del ser. Pero los distintos modos del no-ser entre los que se encuentra la doxa, la apariencia, la multiplicidad, son justamente aquello a lo que la poesía pertenece, así es que la palabra-logos no es la más adecuada para la realidad que el poeta manifiesta en sus versos.

El filósofo va tras la realidad que se encuentra oculta, cuando acontece el descubrimiento ésta se muestra como una revelación que se lleva a cabo en la palabra, es decir, en el pensamiento se desoculta, mediante la palabra, una realidad que antes se hallaba oculta. El descubrimiento del filósofo es el resultado de un esfuerzo del pensamiento por penetrar en la realidad. Pero la revelación en sí, la visión es extática, se nos revela lo que nos trasciende y salimos de nosotros para estar en contacto con ello. Así es que el filósofo conquista el conocimiento en dos momentos: primero en el esfuerzo por encontrarlo, segundo en el que el conocimiento se nos da, se nos revela.

El poeta no busca, como el filósofo, el conocimiento ausente, sino que su actitud es receptora y la realidad se le entrega porque está abierto a recibirla, pero el descubrimiento tiene lugar de misma manera que para el filósofo, como una visión extática de una realidad que nos trasciende, como el encuentro de lo que antes se hallaba oculto.

En la filosofía, este buscar que la realidad se muestre lleva consigo necesariamente unos determinados supuestos que determinan su modo de dación ¿es posible que la realidad de nos ofrezca sin mediación? ¿Hará falta el silencio?

El poeta, al no buscar, no media. La realidad se le ofrece aun antes de que la pueda comprender y de que la pueda nombrar. Lo que se revela al poeta es la realidad del origen, realidad sin forma germen de toda forma, y esta revelación descubre al poeta su propia vinculación a la realidad esencial y ello afecta a su propio ser de manera que la contemplación, se transforma en participación y el propio ser se transforma al mirar, la mirada re-crea al poeta que mira.

Sin embargo, el recurso a la poesía de nuestros filósofos contemporáneos es una denuncia de la insuficiencia del lenguaje filosófico. Nuestra manera de hablar está condicionada por las representaciones metafísicas que impiden la forma de expresión deseada. ¿Por qué la palabra filosófica no acaba de hacer presente al ser en su verdad? María Zambrano trata de encontrar la razón remontándose a los orígenes para descubrir cuál fué la auténtica motivación, verdadera necesidad vital, que dió origen a la filosofía.

Y, como Nietzsche, piensa que el hombre griego, ante la inestabilidad con que se le presenta la realidad y la inseguridad que le produce su trato con ella, siente una necesidad de seguridad que conquista proporcionando estabilidad intelectual a lo inestable, construyendo una arquitectura para la realidad, sólida por ideal, calcada de la arquitectura de la razón, definiendo lo indefinible y unificando lo diverso en el ser, primer y principal criterio de unidad lógica que el hombre impone a lo real. El ser, cuya principal característica es la iden-

tividad y, con ello, la unidad y la inmutabilidad. Mundo de lo verdadero, sólo accesible a la mirada intelectual. En este mundo impuesto, por necesidad, encuentra el hombre refugio seguro durante siglos: en él sabe lo que es verdad y lo que no, lo real y lo irreal.

Y como la realidad primera, la que se presenta en la relación originaria, no encaja con la realidad ideal porque sigue siendo fluida, cambiante, move-diza, cualitativa, perecedera, oscura, insegura y el hombre sigue sintiendo sus pasiones desgarradoras, esta falta de adecuación se soluciona negando el ser a la vida y a sus manifestaciones inmediatas.

En este mundo racional se engendra la idea de poder, sistemática, explícita y racional y en ello se encuentran deseosas iniciativas de penetrar en la realidad social y acomodarla a la idea.

Desde siempre la filosofía racionalista ha tenido, más que un afán contemplativo, un afán manipulador que esconde en su interior el miedo profundo del ser humano a lo incontrolable.

En cualquier caso, María Zambrano piensa, también con Nietzsche, que el ser no posee una estructura racional, que la conceptualización del mismo se debe a que proyectamos sobre él el modo de ser de nuestra razón. Ser y razón no están constituidos por esquemas semejantes.

Por su parte la poesía no se aleja de la vida, al contrario, sigue apegada al tiempo, a la muerte, al amor, al cambio, a lo irracional del sentimiento humano. No quiere curarse de la inseguridad de lo ininteligible, sino que se abraza al misterio, lo contempla y lo salva en la palabra. No pretende resolver nada, no le interesa actuar, su único actuar es su decir, es indiferente al poder, sólo le interesa el mundo tal y como se le presenta porque su atención se dirige hacia lo que no puede reformarse⁶.

El problema está en que al poeta no le parece suficiente su palabra porque busca la unidad en la filosofía como su última perfección, ni al filósofo la suya porque no se resigna a renunciar al sentir de la presencia originaria.

Y frente a ellos está la vida pidiéndoles que descubran su sentido, sentido que es unidad en la multiplicidad: razón de la sinrazón, razón de lo irracional.

La palabra que nombra el ser es la palabra poética que contiene la unidad del sentido, o la palabra de la razón, pero de una razón que acoja al ser en su originaria aparición, que lo respete, palabra que libere a cada cosa en su ser.

6. María Zambrano: *Pensamiento y poesía en la vida española. Obras reunidas* (primera entrega), Madrid, Aguilar, 1971, pgs 260-61.

Bibliografía

- BALZA, I.(2000)*Tiempo y escritura en María Zambrano*. Iralka, Donostia.
- BUNDGÄRD, A.: (2000) *Más allá de la filosofía*. Edit.Trotta Madrid
- CEREZO GALAN, P.: "De la historia trágica a la historia ética" *Philosophica Malacitana*, IV, (1991) pp. 71-91.
- CERVERA SALINAS, V.: "Los 'universales poéticos' a la luz del pensamiento de María Zambrano". *Philosophica Malacitana*, IV,(1991) pp:91-101.
- GARCIA CONZALEZ, J.: "¿Pensamiento postmetafísico en María Zambrano?" *Philosophica Malacitana*, IV,(1991) pp. 121-131
- GARCIA JAMBRINA, L.M.: "Pensamiento y poesía en María Zambrano" *Philosophica Malacitana*, IV, (1991) pp.131-143.
- MAILLARD, Ch.:(1992)*La creación por la metáfora*. Anthropos, Barcelona.
- ORTEGA MUÑOZ, J.F.: "La fenomenología de la forma-sueño en María Zambrano" *Anthropos*, 70/71 (1987) pp.:103-113
- REVILLA, C.: (1998) *Claves de la razón poética*. Edit. Trotta. Madrid.
- SUBIRATS, E.: "Intermedio sobre filosofía y poesía" *Anthropos*, 70/71 (1987) pp.:94-99
- ZAMBRANO, M.: (1993) *El hombre y lo divino*. F.C.E. Madrid.
- ZAMBRANO, M.: (1986) *El sueño creador*. Turner. Madrid.
- ZAMBRANO, M.: (1992) *Los sueños y el tiempo*. Siruela. Madrid
- ZAMBRANO,M.: "Acerca del método. La balanza" *Anthropos*, *Suplementos*, 2. (1987), PP.128-129.

